



LA PEÑA DE SAN ROMÁN.

En un pueblo de la Alcarria llamado Salmeron existe una gigantesca peña colocada sobre las breñas mas escarpadas del país. Ocupa una eminencia considerable, dominando toda la estension de una prolongada vega titulada Vall de Medina, que tiene una altura por igual de mas de 30 varas. Esta gran mole de piedra, conocida por los naturales del país con el nombre de *La Peña de San Roman*, no ofrece otra cosa de particular desde su descenso, mas que el aspecto de una antigua muralla al Oriente, desmoronada de trecho en trecho, de alguna que otra hendidura, cuya ilusion aumenta con la interrupcion. Como á la altura de 20 á 22 varas se distingue una pequeña tronera de figura ogival que representa tener vara y media de alto por media de ancho. Fundadamente se cree que esta especie de cueva hace muchísimos años que no debe haber sido visitada por persona alguna, ya por lo inaccesible y espuesto de su arribo, ya tambien porque la tradicion que los naturales del país han ido trasmitiendo sucesivamente de que en dicho peñon existia una temible cueva llamada de la Moya, imponia á los mas decididos, difundiendo el miedo y la supersticion por los pueblos vecinos.

El simple aspecto del grabado da fácilmente á conocer que no es mas que una estancia de figura semi-cuadrilonga y de unas seis varas de estension, sostenida por un grueso poste distante vara y media de la ventana: en el pavimento se ven cinco depósitos de la figura de las tinajas del Toboso, y de 110 á 120 arrobas de cabida. Están hechas á pico en la piedra, que es dura á pesar de parecer bastante porosa. Multitud de agujeros hechos en la pared dan á conocer que han servido en algun tiempo de eridero á las palomas, porque aun se encuentran en ellos varios nidos; (pero se cree que semejantes nichos hayan sido formados en una época posterior.

Segun el detenido exámen que se ha hecho de todo el peñon, no tiene mas que una entrada. En el borde de la parte exterior de la ventana hay unas rozaduras como las formadas por las caedras de sacar el agua en los brocales de los pozos. La parte exterior muestra palpablemente que ha habido ventanas de dos hojas, y otras dobles, que dan á entender eran cosas de gran valia las que se cerraban dentro.

Es muy de sentir que sean tan escasas las noticias que se tienen de esta interesante cueva; pero nuestros esfuerzos han sido estériles al pretender dar á los lectores del SEMANARIO mayor abundancia de datos sobre tan curiosa cueva.

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID. RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

OTARIEL ALCO.

El trozo de número encerrado entre las calles de Fuencarval, de Jacometrezo, de los Tudescos y Corredera de San Pablo hasta la plazuela de San Ildefonso, que comprende dichas calles y las del *Desengaño*, de *la Ballesta*, del *Barco*, de *Valverde*, de *la Puebla* y otras, fué formado segun nuestras noticias á mediados del siglo XVI á consecuencia de la venta hecha por *D. Juan de Victoria Bracamonte* en 7 de noviembre de 1542 de una tierra que tenía «en el arrabal de Madrid frontero del camino de Fuencarval,» cediéndola á censo por diez ducados perpétuos de oro al año, y reservándose un pedazo para labrar casa para él, como lo hizo en la calle que tomó su nombre de *la Puebla vieja de Juan de Victoria*. Posteriormente un hijo suyo del mismo nombre, en 17 de agosto de 1597, concedió su licencia para dividir dicha tierra en 85 solares, «con el censo anual de dos reales y una gallina, y con la condicion de que habian de edificarse en ellos casas bajo la traza que dió el alarife Francisco «Lozano,» cuyo censo viene pesando todavía sobre la mayor parte de las casas de dichas calles. Entre otros sujetos que emprendieron esta puebla y construcción, fué uno el escribano *Diego de Henao*, é hizo edificar la tercera, cuarta y quinta casa de la Corredera de San Pablo, con accesorias á una callejuela que recibió por esta razon su apellido, y hoy por corrupcion se llama calle del *Nao*.

Poco á la verdad de interesante ofrecen todas estas calles bajo el aspecto histórico y artístico.—De los edificios públicos en ellas contenidos, el más considerable era el convento é iglesia de monjes de *San Basilio* que se trasladaron á él desde el sitio primitivo de su fundacion, un cuarto de legua de Madrid junto al Arroyo de Abroñigal. Durante las excomuniones anteriores de los padres, sirvió esta iglesia de parroquia de San Martín, y después de la de 1836 fué con el convento cuartel de artilleria de la M. N.; después Bolsa de Comercio,

(1) Véanse los números anteriores.

y actualmente, verificada una radical transformación con la obra hecha por el propietario, encierra el teatro llamado *de Lope de Vega*, el teatro de chocolate al vapor, un café, un taller de coches y muchas habitaciones particulares. La calle que corre por delante de él se llamó en su tiempo de los *Reales*, y no sabemos desde cuándo ni tampoco la razón por qué le trocó después por el expresivo del *Desengaño*.—Ignoramos también el origen de las condeas de *Valverde* y de *la Bellaca*, pero el de la *del Barco* le hallamos perfectamente justificado con la figura que forma su pavimento, igual á la del casco de un buque.—El otro convento de clérigos menores de San Felipe Neri, ó de *Porticéis*, situado al extremo de dicha calle del Desengaño, fué antes de los padres Dominicos del Rosario, y designado en 1645 á aquellos cuando vinieron huyendo de los levantamientos de Portugal y Cataluña; pero el templo actual que hoy sirve de *Parroquia de San Martín* es moderno, construido en 1725.—Entre las calles de la Puebla y de Valverde está el monasterio de monjas Mercenarias Descalzas conocido por el nombre de *D. Juan de Alarcón*, venerable sacerdote á cuya orden creó la fundación del mismo, verificada en 1609 á expensas de Doña María Miranda, señora ilustre natural de Burgos. El templo, concluido á mediados del siglo XVII, es poco notable, y en él se conserva el cuerpo del venerable fundador, y posteriormente se ha trasladado también el de la beata Mariana de Jesús.—Al otro extremo de dicha calle de la Puebla, y formando exclusivamente la manzana 371, está el Hospital ó Iglesia que fué de los *Portugueses*, y actualmente al cargo de la Santa Hermandad del Refugio. Dicho hospital fué fundado por Felipe III para los naturales del reino de Portugal, y después de la separación de este, quedó ampliado para los alemanes; y la hermandad del Refugio, á quien se concedió en 1701 el patronato y administración de esta real casa ó iglesia, tiene á su cargo, no solo el sostenimiento de este piadoso hospital (uno de los mas importantes establecimientos de beneficencia con que cuenta Madrid), sino también el colegio de niñas huérfanas propio de su instituto y el suntuoso culto de la iglesia de *San Antonio de Padua*, que es uno de los templos mas lindos, decorados y concurridos y está soberbiamente pintado al fresco por Lucas Jordán, Rizi y Carrillo, y enriquecido con bellas estatuas, cuadros y esculturas.

Las *Correderas Alta y Baja de San Pablo*, cuya línea continúa después la estrechísima calle apellidada (no sabemos por qué) de *los Tudescos* hasta la Plazuela de Santo Domingo, nada nos ofrecen de particular; y entre esta estensa línea y la paralela trazada por la calle *Ancha de San Bernardo*, media otra importante barriada de calles espaciaosas en general y bastante rectas en la misma dirección y su travesía. La mas importante de aquellas es la parte baja es la llamada de *Silva*, en que está la modesta iglesia y hospitalito de la parroquia de San Martín titulado de *la Buena Dicha*; pero entre esta calle y la de San Bernardo hay un laberinto de callejuelas angostas y mezquinas, tituladas *del Perro*, que es la mas estrecha de Madrid, como que no tiene mas que ocho pies de latitud, y no hay en toda ella un solo portal; *del Pozo*, *de la Justa*, *de la Cueva*, *de Peralta*, *de la Flor alta*, *de la Estrella*, y *del Chapel* (ahora *travesía de Alcañices*), que formaron parte de la puebla nueva verificada en el siglo XVII por *D. Juan de Peralta*, de que hablaremos después.

La calle de la *Luna*, que corre á la parte alta y comunica con la del Desengaño, es muy importante por su situación; pero no cuenta tampoco monumentos públicos, y si solo algunas grandes casas, como la del conde de Eslágo, núm. 46, en que estuvo háce algunos años el Banco de San Carlos, y hoy hay un teatro llamado *de Buena Vista*. La del marqués de Llano, á la esquina de la calle de Panaderos, en que habitó algun tiempo, hace algunos años, el señor Infante Don Francisco y su familia, y en la que falleció la Señora Doña María Luisa Carlota su esposa.—Entré dicha calle y la del *Pez* media las rectas de *San Roque*, *de la Madera baja*, *de Pezarró* (antes de la *Magdalena*), *de Panaderos* y *de la Cruz verde*. La mas memorable en ellas es el convento de monjas benedictinas de *San Plácido*, situado al conde de la de San Roque á la del *Pez*, y fundado en 1625 por Doña Teresa Valle de la Corda, cuya iglesia construida hácia la mitad de aquel siglo bajo los planes de Fray Lorenzo de San Nicolás, es á juicio de Ponz de lo mas notable de Madrid por su estilo clásico y belleza de su trozo, además de las apreciables pinturas y esculturas con que está enriquecida. El recuerdo histórico de este convento consiste en cierta aventura galante del rey D. Felipe IV, el que según parece, pretendió de una de las monjas de esta casa llamada *Margarita* (á quien habla visto por intersección de Don Gerónimo de Villanueva, protonotario de Aragón, patrono del convento, que tenía sus cosas conligadas á él), siguió este galanteo profano en tal sitio y entre tales personas, hasta que por un piadoso ardid de la propia que dispuso sorprender al rey espaventaudo como difunta de cuerpo presente á la religiosa, terminó este escandaloso suceso, no sin haber dado motivo á un notable proceso por la inquisición, que fué la-za Romo, aunque de allí se le hizo desaparecer. Dices también

que á costa del rey y demanda de la abadesa se confesó en la torre de este casa el reo que aun hoy vive, y que en el término de su campaña remeda el clamoreo de difuntos, en memoria de este suceso.

La calle del *Pez* tampoco nos ofrece mas que algunas caserones antiguos, como el núm. 24, conocido tambien por la casa del *Pez*, que tiene esculturas en su fachada, no sabemos el motivo. La núm. 18 del marqués de Villariza, hoy de Bodinar, y alguna otra, habiendo desaparecido háce pocos años la mequetruca fuente que é su salida á la Ancha de San Bernardo llevaba el nombre del *Cuero* por haberse opuesto el párramo de Colmenar.—En la calle *Ancha de la Madera*, el número 26 nuevo, existe todavía y en el estado primitivo una casa que fué propiedad de *D. Francisco de Quevedo y Villegas*, y hoy de su descendiente *D. José de Bustamante* y Quevedo; por cierto que ha llamado nuestra atención el verso háce poco tiempo en los anuarios del Diario como denunciada á mostrencos, cuando consta la posesion y propiedad de dicho señor Bustamante, quien sin duda habre reclamado (1). La calle del *Molino de Viento* se llamó así porque en efecto existia uno en el alto de ella; y está pintado así en el plano del siglo XVII. La de *D. Felipe* se llamó *del Rosarco de D. Felipe* (no sabemos la razón); y la plazuela de *San Ildefonso* se ensanchó algo con el derribo de esta iglesia en tiempo de los franceses, que luego fué reconstruida y sirvió de anejo de la parroquia de San Martín, y hoy de parroquia independiente. Dicha plazuela estuvo ocupada por las cañones para la venta de comestibles, hasta que á consecuencia del incendio de los ocurridos en 1834 se construyó el pequeño aunque útilísimo mercado cubierto, primero en su clase, establecido en Madrid.—De las calles del *Escorial*, *de Jesus del Valle*, *del Rublo*, *del Tesoro*, *de las Minas* y *de las Pozas* no sabemos la etimología ni la historia; y de las grandes paralelas altas del *Espíritu Santo*, *de San Vicente*, *de la Palma* y *de San Miguel* y *San José* (ahora *de Doña y Valverde*), solo podemos decir que la disputa son las mas rectas y alineadas de Madrid, aunque su situación estrecha y el gran desnivel de su suelo, las ha hecho permanecer todavía en un estado miserable y raquítico, con su menegado caserío de un solo piso, y careciendo de población, de vitalidad y de comercio.—El convento de monjas carmelitas llamado *de las Maravillas*, cuyo nombre tambien lleva este distrito, y sita entre las calles de *la Palma alta* y de San Pedro (ahora del Bos de Mayo), es el único religioso de todo él. El nombre de *las Maravillas* le tomaron de la imagen de Nuestra Señora que se venera en su iglesia. Esta es bastante espaciosa y arreglada, y tiene en su altar mayor un magnifico retablo de mármoles, obra del siglo pasado, que es de lo mas bello y elegante que se halla en las iglesias de Madrid.—Esta calle de San Pedro continuaba en el siglo XVII hasta la tapia, y al fin de ella habia un portillo llamado tambien *de las Maravillas* que está señalado en el plano, y quedó luego cerrada dentro de la posesion de *Monteleón*.

Este famoso palacio de los marqueses del Valle, duques de *Monteleón* y de *Terranova*, con su huerta que comprende nada menos que la inmensa superficie de 617,248 pies hasta más allá del portillo de Buenavista, quedó muy maltratado en un huracanoso incendio ocurrido en 1725, y debió ser, por los restos que aun heritos alcanzado, un edificio de la primera importancia. Distingújase á lo que parece por su magnífica escalera pintada al fresco por Bartolomé Pérez, famoso artista, yerno de Juan de Arceano, en 1695 (que por cierto murió en esta operación cayendo desde un elevado andamio), por sus estancias y magnificos salones, decorados con el mayor gusto cuando le habitaba la famosa duquesa de Terranova, casada mayor de la reina Doña María Luisa de Orleans, esposa de Carlos III, y posteriormente la reina Doña Isabel Farnesio y sus hijos los infantas D. Luis y Doña María Antoina que se retiraron á él cuando murió su esposo el rey Felipe V. En nuestros dias adquirió este famoso palacio otra celebradad mas impercedera, cuando sirviendo de *Parque de Artillería* el glorioso dia *Dos de Mayo* de 1808, fué el punto principal del alzamiento del pueblo de Madrid contra los franceses, y el sitio donde se levantaron los héroes *D. Luis Daoiz* y *D. Pedro Velarde*, capitanes del cuerpo de Artillería, defendiendo la puerta de la calle que hoy lleva sus invictos nombres, y antes se llamaba *de San Miguel* y *San José*, y da frente á la de *San Pedro Nueva*, hoy *del Dos de Mayo*, por donde atacaron las columnas enemigas. En los restos de este inmenso edificio existe una de las fabricas de maquinarias y fundiciones mas importantes de España, y el inmenso espacioerial de su antigua huerta, que sale largo trecho hacia al fin de la puerta de Buenavista, está llamado á sustentar una barriada entre calles y edificios de importancia cuando avance la obra hasta su término.

La hermosa y espléndida calle *Ancha de San Bernardo*, llamada antiguamente *de los Conde-tenientes* por el hospital que estuvo situado

(1) En el Registro de Apeosamiento y Enajenación de 1731 se lee que esta casa pertenecía á herederos de Doña María y Villagrá, y que por intersección de Doña Margarita Quevedo, Gabriel Ruiz y Miguel de Sant' Ana; de este último en 10 (10) de mayo de 1731 fué.

en ella y fundó en 1579 el venerable hermano Bernardino de Obregón, es una de las primeras y más importantes vías de Madrid moderno por su extensión de 5,338 pies, por su anchura, y por la importancia de sus edificios públicos y particulares, algunos de los cuales han desaparecido en nuestros días, y otros levantados en ellos.

Contiguo al sitio en que estaba el ya dicho hospital de convalecientes del venerable Obregón, fundó en 1685 el Monasterio del orden de San Bernardo, Abasco de Peralta, contador de Felipe II, que yacía en su iglesia en el presbiterio bajo un suntuoso arcosolio. Ella y el convento han desaparecido del todo hace pocos años para dar lugar á la construcción de las dos casas particulares números 21 y 25.—Mas hacia el principio de dicha calle existió todavía la iglesia y convento que fué de *padres dominicos del Rosario*, que como queda dicho ya, estuvieron primero en Porriuel y se trasladaron en 1646 á esta casa, que había fundado el marqués de Monasterio D. Octavio Centurion. En la iglesia se venia la célebre y devota aljibe del *Santo Cristo del Perdón*, obra del venetor Pereira y una de las más veneradas de Madrid. El convento estuvo dedicado á cuartel de guardias alabarderas, y hoy es Colegio de educación.—Otro edificio religioso de mayor importancia hubo, y era el que se alzaba más adelante en la misma calle conocido por la casa *Noviciado de padres Jesuitas*, y á la estincion de estos ocupado por las Padres del Salvador. Era una suntuosa fábrica, especialmente la iglesia, clara, espaciosa y elegantemente adornada, en la cual había un magnífico altar de mármoles y bronce dedicado á San Francisco de Borja, que fué construido en Roma, y tramos que no exista ya; y en su bóveda el suntuoso sepulcro de la célebre duquesa de Alba Doña María Teresa, trasladado hoy al cementerio de San Isidro. Coronaban la fachada de esta hermosa iglesia dos torres laterales que contribuían á embellecer la espaciosa calle de San Bernardo.—Pero destinada este edificio á la *Universidad central* en que se refundió la de Alcalá, los arquitectos encargados de su reparación ó apropiación á aquel objeto, juzgaron más conveniente echarle abajo y sustituirle por otro de nueva planta, que por cierto nada tiene de particular. Entre las muchas demoliciones verificadas de edificios religiosos en la última época, ninguna á nuestro entender ha sido tan sensible y menudada como la de la iglesia del Noviciado.

Todavía al estremo de la calle existen dos templos y casas religiosas; el primero, al número 81, es el convento ó iglesia de monjes de un apellido de *Montserrat*, que fugitivos del levantamiento de Cataluña en tiempo de Felipe IV, vinieron á Madrid y tuvieron primero su morada en la quinta del Condestable (la huerta de Frias en el arroyo de Abroñigal) y luego fueron trasladados al punto que hoy ocupa. La iglesia está sin concluir, y su fachada tiene una torre del caprichoso gusto apadrinado á principio del pasado siglo por el arquitecto D. Pedro Rivera. En esta iglesia está sepultado el célebre coronista de luthes D. Luis de Salazar y Castro, cuya rica biblioteca y manuscritos que allí se conservaban, pasaron á la de las Cortes. El convento después de la reconstrucción, sirvió de casa de corrección de mujeres llamada *la Galera*, y después de la traslación de estas á San Fernando, sirve hoy de cárcel de mujeres.—Frente á este monasterio está situado el más moderno en fundación de los existentes en Madrid, y es el verificado por la señora Doña Manuela de Centurion, marquesa de Villena, en 1708; es de religiosas de San Francisco de Sales, conocido por las *Salesas nuevas*, para distinguirlo del otro del Barquillo fundado por la reina Doña Barbara. Su iglesia, aunque pequeña, es de muy buen gusto, y está adornada con bellos retablos de mármol. Suprimido este en 1858, pasaron las monjas al otro convento á reunirse con aquella comunidad, estableciéndose en este provisionalmente la universidad central; pero después que esta ocupó el del Noviciado, han vuelto al suyo las monjas.—Ultimamente, la casa núm. 80 de dicha calle que da á la de Ucoz y Velarde, y que según nuestras noticias fué del conde de Colomera y antes del duque de Abrantes, fué transformada en convento de monjas Franciscas de Santa Clara en la última década del reinado de Fernando VII, pero abortó antes de *hacerse normal*.

Varias son las casas particulares de la grandiosa en esta estendida calle. Figura en primera línea la señalada con el núm. 18, que fué de los marqueses de Leganes y después de los condes de Altamira. A fines del siglo pasado, el poseedor de este ilustre título proyectó reformar aquella hermosa fábrica bajo los planes del célebre D. Ventura Rodríguez en unos términos verdaderamente tan magníficos que no hubiera tenido sin duda alguna rival en Madrid; pero desgraciadamente no llegó á verificarse más que una parte de aquel proyecto, que es la que da á la calle de la *Fior alta*.—Contiguo á ella y señalada con el núm. 38, está, aunque reformada últimamente, la del marqués que fundó D. Gabriel Peralta y Doña Victoria Grimaldo, y comprende diversos sitios que fueron propios de los Villarroels y Peraltas, de quien desciende su poseedor hoy el señor marqués de Palatelo, duque de la Compañía. Esta casa tiene el honor de haber sido la que habitaba y sirvió de prisión al célebre ministro de

Felipe III D. Rodrigo Calderon, *marqués de Siete Iglesias*, y de donde salió para ser degollado en el castaño el día 21 de octubre de 1621.—El suntuoso edificio moderno núm. 67 en que hoy está el *Ministerio de Gracia y Justicia*, fué construido en el siglo pasado por la marquesa de la Sonora donde estaba la casa del marqués de la Regalía; ocupa un espacio de 22,000 pies entre las calles de los Reyes y la Manzana, y es una de las construcciones particulares más suntuosas y regulares de Madrid. No llegó sin embargo á ser concluido, habiendo permanecido inhabilitado casi un siglo, hasta que adquirido hace pocos años por el señor Bartodano y después por el gobierno para colocar en él el ya referido Ministerio, lo ha ocupado en el año anterior, y sirve dignamente á su objeto.—De otras varias casas de importancia de esta gran calle pudiéramos hacer mención; pero por no dilatar más este artículo nos limitaremos á llamar la atención sobre la abandonada á inmensa del núm. 72 del marqués de Mejorada, y hoy de *Guadalquivir*, y comprende la enorme extensión de 52,887 pies. En nuestros días sólo la hemos visto habilitada un corto espacio de tiempo por la señora duquesa viuda de San Fernando, y no estando ruinosas no hemos llegado á comprender todavía el motivo de tal abandono.

Término, en fin, esta calle con la antigua y mexicana *puerta* que substituyó y heredó el nombre de *Santo Domingo*, á la que estaba en aquella plazuela y limitaba el antiguo arrabal de Madrid; pero generalmente es conocida por el de *puerta de Fuencarral*, habiendo sido una de las seis principales de su registro. Su colocación y su fábrica material son las mismas impropias y ridiculas que contaba ya en el siglo XVII, y á pesar de lo reclamado por la opinión y la necesidad, todavía no ha venido á tierra para dejar avanzar por aquel lado la línea de Madrid hasta la esquina de la posesion ya dicha de Monteleon, como no puede menos de hacerse muy en breve, dejando á la parte interior el nuevo *hospital* en construcción, titulado de la *Prietasca*, y siguiendo luego directa cerca por el paseo alto hasta emparejar con la de la Montaña de Pio, fuera del partido de San Bernardino.

R. DE MESONERO ROMANOS.

EL MUNDO NUEVO.

HACER NEGOCIOS.

(Continuación.)

¡Almuerzo, carruaje, París, Londres, Bohemia, independencia, rondesas, menosprecio de la *Guía de forasteros!* Todas estas palabras, en boca de un muchacho á quien cuando á cinco años antes había conocido habíame, pretendiente, petardista!

—Como quiera que sea, pensaba yo maravillado en la huaca, me gusta este cambio. Se conoce que vamos prosperando. Hay carreras más brillantes y lucrativas que la de los empleos. Tenemos ya en España gente que vive y medra haciendo negocios, es decir, dedicándose al comercio, á la industria, á empresas útiles. Hacer negocios de esta manera es labrar á la par de su fortuna, la del país. ¿Cabe mayor satisfacción que la de prosperar con la prosperidad común? Bien vamos. Y díjome cuando este mozo que yo tenía nada de lo de Salamanca, ni se ha quemado las cejas estudiando, se ha hecho rico en poco tiempo, dedicándose á los negocios, ¿qué resultados no obtendrá un hombre de talento, una de esas cabezas organizadoras, un emprendedor? ¡Oh! España, España es un país virgen que nos está brillando con veneros riquísimos, no explotados todavía! Irá sin falta á casa de Santos, y explotándose el origen de su engrandecimiento, me dará á conocer el de la patria.

Acudí en efecto al día siguiente. La casa correspondía á la idea que me había hecho formar de su opulencia en el teatro. Me recibí el hombre de negocios con una hata deslumbradora, zapaticas bordadas de hilo de oro, gorro griego azul con magnífica guirnalda de rosas, todo flamante.

—Vamos, decía yo para mi sayo, mal gusto, resabios de *la illo tempore*; pero no exijamos á los hombres más de lo que puedan dar de sí.

El almuerzo en cambio fué excelente. Buen Grave, rico Jerez, café aromático, y sólidos muy dignos de alternar con tan preciosos líquidos.

Al saborear unos y otros, no podía desear de la imaginación la idea de las hambres que había satisfecho mi opulento Anfitrión, cuando la casualidad le conducía á la fonda en que íbamos á comer.

Debía parecerme yo al parlado que asiste á un espectáculo de magia ó de prestidigitación, que no puede gozar ni reírse á sus sacadas, porque sospecha que hay algo de negras artes, diabólicas, prohibido, detrás de tantos prodigios. Mi amigo lo conoció, y alargándose un plato de víveres, se levantó de la mesa. Seguíle, y entrados en su

desprecio; y sentándonos uno á uno en un sofá de tafete oscuro, me dije:

—Te veo como en bíbula y sin acabar de comprender mi transformación, y voy á referirte con tranquilidad cómo se ha ido verificando.

—Mucho te lo estimaré; porque á la verdad, después de satisfacer esas curiosidades que no te acabo, me darás armas para combatir á los extranjeros, que proponen que los españoles no sabemos vivir sino del presupuesto del Estado.

—A cosa del Estado! ¿Cé! Yo me creeria rebajado aceptando una posición humillante que deja tu suerte en manos de un cualquiera á quien hacen ministro, y te trae y te lleva como un zarandillo, te trae como el viento, y te planta al poste de patitar en la calle.

—Hombre, no participo yo de tu opinión; pero me gusta oírte hablar así. Créo que al ser empleado probo, entendido y laborioso, lejos de rebajarse nadie, hace honor al más honrado; que así se presta á la sociedad civil grandes servicios, y se contribuye á que el labrador se dedique tranquilamente á esprimir los jugos de la tierra, y el negociante, como tú, á la industria y al comercio, ahorrándose el tiempo que con la buena administración del Estado tendrías que emplear en la vigilancia y defensa de vuestros propios intereses. Pero cuando es la propensión general de aspirar á los oficios públicos, á las carreras que directamente no son productivas, sírveme de consuelo el considerar que hay jóvenes en España que se lanzan por esas fecundas vías de los negocios. Hasta me place esa misma exageración, esa injusticia que que te esplicas, ese desden con que tratas á los que reciben su sustento del erario público, porque me parece síntomas de la saludable y necesaria reacción que se está operando en nuestro cuerpo social.

—Pues sí, querido: nada de empleos, nada con el gobierno. Los negocios me dan para vivir modestamente como ves, contestó Hincaldiente exhalando una bocanada de humo con afeitada indiferencia, y vivo independiente sin temor de que enjren ó salgan, de que suban ó bajen los ministros.

—Perfectamente. Algo había que decir respecto de lo modesto de tu vida; pero vamos á lo que importa. ¿En qué clase de negocios te ocupas? ¿Estás al frente de alguna casa de comercio? ¿Diriges algún establecimiento industrial? ¿Has hecho sútiles descubrimientos en las artes ó perfeccionado algún invento?

—¿Un hombre! ¿dónde sales? ¿Pienzas que soy un mercachiflo, un operario mecánico, un industrial? Soy un hombre de negocios.

—Vamos! esclamó dándole una palmada en la frente; lo que en mi tiempo se llamaba agente de negocios. Se cambian ahora los nombres con una facilidad, que nadie sabe lo que es, ni cómo se llama.

—Amigo, tú siempre lo mismo; tan estúpido como de costumbre. Bueno es advertir que años antes Santos se destacaba en elogios de mi talento cuando me pedía cigarrillos ó se convidaba á comer en mi casa. Por lo tanto podía ser exacto, mas no consecuentemente en decir que yo era siempre lo mismo.

—Acaba de una vez, repliqué amotinado, y sepamos qué negocios son los tuyos.

—Lo que sale: la bolsa, las minas, las sociedades, préstamos, papel; en fin, negocios. ¿Qué es lo que se llama hacer negocios? Comprar y vender aunque sea la camisa con tal de ganar un maravedí.

—¿Conque es decir que anda el agua? ¿qué juegas?

—Se pica un poco de todo.

—Pero hombre, ¿le quisiste á jugar á la bolsa sin capital?

—Precisamente los que juegan sin capital, en descubierta como decimos nosotros, pueden ganar sin exponerse á perder.

—¿Ya! Comprendo el negocio. ¿Y así son todos los tuyos?

—Yo hice la tentativa de comenzar á jugar de buena fé con dinero.

—Me alegro mucho: que al fin y al cabo si vosotros llamáis á eso jugar en descubierta, yo lo llamaría cobrar algún tercio. Pero ¿el dinero? ¿ese dinero? ¿el dinero primitivo? Porque, no te ofendas; pero en la época de nuestro conocimiento no temas un cuarto.

Santos Hincaldiente me refirió en seguida con sencillez y naturalidad sus primeras aventuras en la moderna caballería española, que si no enderzaba ningún toro, suele dejar bizcos á mas de cuatro.

El novel caballero con su escaño limpio, es decir, con su bolsillo zip ellos, sin miedo al mancilla como Bayardo, se metió de rondón por el intrincado laberinto de una oficina. Para que se vea lo que es el ingenio aguzado por el hambre: allí en aquellos temerosos bosques de mesas, pupitres y laquillas; en aquellas enrejadas de papéles y rimeros de expedientes, donde nadie había visto mas que trabajo, hastío, jaquecas y quebrantamiento de la espina dorsal, cuadro nebuloso, iluminado tan solo por el perenne rayo de la lámpara menuda, nuestro doncel halló aventuras, vió negocios. Consiguó en primer lugar con su viveza racional, con su facultad de cable, con sus gracias de garito, ser reputado como hombre útil, indispensable, y á provechosa de las intenciones de sus superiores ó del cómodo de asuntos que sobre ellos pesaba, no le fué difícil jugar al tira y alloja con los

expedientes, presentarlos vestidos ó desnudos, por el lado de ó bominio. Todos los negocios suelen tener dos caras como Jano, ó dos expresiones diversas, como las máscaras del teatro griego. Manejaba con proficiencia esas que traen cola como los conejos, ó que corren furiosos como torrentes de verano, y esquivado por cierto cuajaban de hacerse notable, estaba entre ellos como el pez en el agua, ó mas bien, como la serpiente en el charco de las ranas. Esquivaba dificultades, hacíase pagar de viandas, descomparaba á monesterios, rogaba á los muertos y desfogaba lo mejor ordenado. Algun melandrin, algun encañalador envidioso de la gloria y prez de semejantes fauleas, hubo de ir á los jefes con el soplo de ellas, y no fué menester mas para que el ingenioso caballero saliese del teatro de sus primeras aventuras por la puerta de los payos. Por manera que Santos Hincaldiente tuvo que renunciar tan generosa y espontáneamente como Don Simplicio á la mano de su Leonor cuando la obligaron á ello. Desde entonces dió en llamarse independiente y en maldecir del gobierno y los empleados.

Estas fueron sus primeras armas; y aunque no sacó de la victoria todo el fruto que se había propuesto, con todo, la fama que con ellas adquirió, le abrió el camino de nuevos triunfos. Un hombre listo, con algun dinero, y ningun escrúpulo de conciencia, es una alhaja para cierta clase de empresas. Buscáronle muy presto ciertas aventuras para fundar una sociedad anónima intitulada *La Moralidad*. Tenian por objeto: primero, morigerar el país; y segundo, hacer negocios. Buscaron ante todo media docena de personas respetables y conocidas por su honradez y su completa abstracción de manejos mercantiles; les sorprendieron y les alucinaron haciéndoles creer que era un caso hasta de conciencia, prestar el apoyo de su nombre á la empresa de *morigerar el país*. Dándoles sendos pomposos títulos que aparentaban mucho y una significaban, los colocaron con industria, y de hecho en hecho, en la Junta Directiva de la Sociedad. Los nombres que mediaban entre los santos varones, se rellenaron con los susodichos *autores del pensamiento*. Entre un Senador dignísimo y un grande de España, campeaba el nombre del ínclito D. Santos Hincaldiente, capitalista y secretario.

Dispuesta ya la homba tan admirablemente, solo faltaba darle al manubrio y empezar á chapar, ó lo que es lo mismo, á morigerar el país: instituíéronse acciones nominales, al portador, de todos géneros, á gusto del consumidor. Recogióse el primer dividendo, y á los quince días se separó la vez de que la empresa era mas lucrativa de lo que sus directores se habían figurado. Hasta los venerables postes colocados para marcar el cuadro, y conlener la ávida tierra que recibía el riego y el abono, propagaban de buena fé que *La Moralidad* hacia palpable una verdad consoladora para el género humano, á saber: que el morigerar era la mejor de las esperanzas, y el humanitarismo el empleo mas útil y el negocio mas pingüe. Reputáronse entre los filántropos accionistas un cinco por ciento de ganancias, las cuales mal podían haberse obtenido cuando ni un solo real se había colocado, ni hacia un mes que el dinero estaba en las cajas de la sociedad, ó sea, en el bolsillo de los autores del pensamiento. Pero en nuestra época reina un furor por ganancias exageradas: se piden resultados, y no se repara en que sean absurdos. Ninguno tanto como el cinco por ciento al mes: el mas lento accionista debía comenzar qué aquello se desmembraba del capital, y lo que donde quiera hubiera huído el crédito de una compañía, en España levantó sobre las nubes á *La Moralidad*.

Las gentes acudían en busca de acciones como al despacho de billetes el día de una gran función teatral.—«¡Acciones! No las hay. Tenemos pedidos de cinco mil y tantas, y se han repartido todas las emitidas.» Así contestaban los autores del pensamiento, los cuales habiéndose reservado un gran número de ellas gratis, por gran favor soltaban algunas con su correspondiente prima á los mas allegados, que se las arrebataban de las manos. Siempre se ha dicho que con los amigos se come, y *La Moralidad* se encargaba también de probarlo. Pero estas ganancias no satisfacían á Santos y cómparsa. Salieron al mercado las acciones, y las directores eran los primeros á comprarlas con un beneficio de cincuenta por ciento, lo cual acabó de alucinar á los incautos. Cuando ellos compran tan caro, decían, según de qué están seguros de obtener ganancias mayores; eso no tiene réplica. Y en efecto no la tenia; y las manipulantes estaban seguras de obtener mayores ganancias, pero de distinto modo de como los crédulos accionistas se figuraban. Con un mano compraban cien acciones con grande ostentación, y con otra vendían mil, sobrepreciosamente. El embrollo no podía durar mucho tiempo: los hombres de bien se retiraron de la junta; cayó la sociedad; se procedió á liquidación; perdieron los accionistas la mitad del capital; pero los directores y nuestro secretario Hincaldiente consiguieron su objeto: *morigerar el país* á hicieron su negocio. Ni mas ni menos que lo que se habían propuesto.

Lanzóse luego á la bolsa, á las empresas de minas, primo hermano de las sociedades anónimas, á los caminos de hierro, á... ¿qué habrá

libre en este siglo de empresas y negocios, de los impores hábitos del ágio, del ponzoñoso afán de hacerse rico á toda costa, y en poco tiempo?

—No te diré, prosiguió Santos, á quien es tiempo de que dejemos hablar, no te diré que todos los negocios me hayan salido bien... En la bolsa he llevado terribles porrazos, porque no se puede jugar de buena fé, sábia con todo aplomo, por vía de paréntesis; pero se vive, sin gravar al tesoro.

—Y mortificando el país.

—¡Oh! esclamó de improviso, desentendiéndose de mi amarga ironía: el negocio grande, magnífico, el negocio por excelencia, es el que me resta, el que ahora precisamente traigo entre manos. Voy á casarme.

—Vamos, lo comprendo. *Honores mutand mores*. Eres rico, y ahora

desas adquirir la reputacion de honrado, de virtuoso. Exaltado furibundo hasta conseguir tan buena fortuna, moderado luego para conservarla. Desde los tiempos del diablo Predicador acá, hallarás algunos ejemplos de esta conducta si te propones imitarlos.

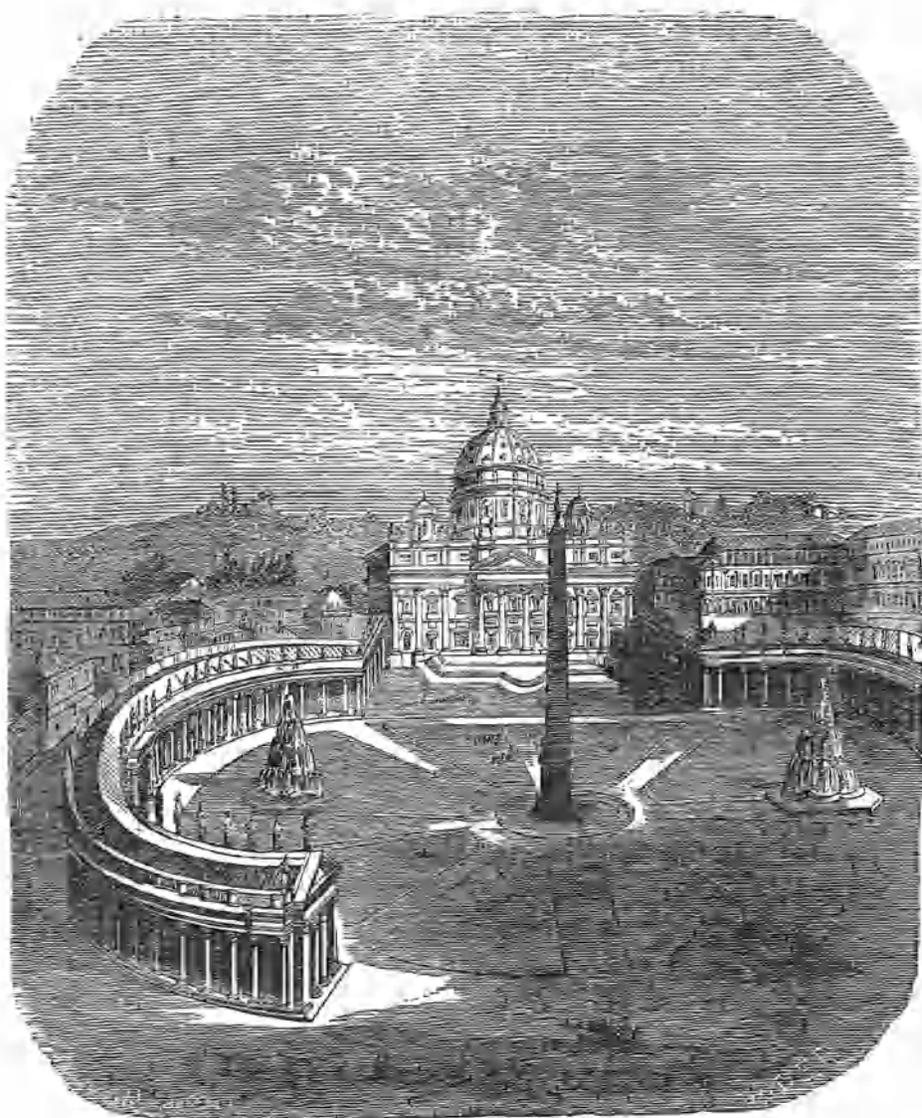
—Para un hombre como yo, repuso mi amigo, el matrimonio es un negocio mas. El mio será soberbio. Figúrate un título; nada menos que un título de Castilla: una corona en la portezuela del carruaje, en las tarjetas!...

—¡Ah! ¿la condesita? ¡Aquella fea de anoche?...

—No es una Vanus; ¡pero qué le hace? No por eso dejaré de ser condesa, y sobre condesa, millonaria.

—¿De veras?

—Aun no: pero está á punto de heredar á una tía decrepita, octogenaria, que vive allá en Andalucía. ¡Oh! Me aguarda un porvenir



Plaza del Vaticano.

brillante. Conde, y gran capitalista. También te aseguro una cosa: que si fracasas este último golpe me pego un tiro.

—¿Tan perdidamente te has enamorado?

—¡Cá! sino que muchas veces la situación... las apariencias... el decoreo... Porque al cabo, es preciso... voy á casarme con un título de Castilla... en fin...

En fin, de todas estas fuses entrecortadas, deduje la consecuencia de que también en manos de los hombres de negocios no es oro todo lo que reluce. Era milagro que tuviese solidez edificio tan de prisa levantado; que no se convirtiese en ceniza riqueza tan mal adquirida.

Me retiré; y no me quedaron deseos de volver á su casa. Muchas veces sin embargo le recordaba con interés y compasion. Aquel muchacho, bien dirigido, habria podido emplear su actividad y disposicion para los negocios mercantiles en útiles empresas. La mayor parte

de la culpa no era tampoco suya, sino del siglo en que vivimos, de los hombres que admiten como corriente la falsa moneda. El trabajo, la economia, los ahorros, no son hoy las fuentes de la riqueza, ó no brotan al menos todo el raudal que necesitan los hidrópicos labios de una sociedad que solo sabe por gocees materiales. Raudal mas abundoso, aunque impuro, suministran el tráfico, el ágio, el juego, el rolo maz ó menos disfrazado. A él acuden los sedientos, seguros de que el mundo no ha de pedirles la ejecutoria de su opulencia mientras sean ricos.

Al cabo de algun tiempo halléme en casa un par de tarjetas de parte de boda. Santos estaba casado. Habia hecho su último negocio.

(Continuara.)

F. NAVARRO VILLOSLADA.

MI AMIGO PEPE.

VIII.

AMORES.

El carácter atrevido de Florencia, continuó Juan después de una corta pausa, iba variando tan visiblemente, que todos notamos aquella transformación. Por aquel tiempo conoció á Emilia, la hija del marqués de Fuen-Salada, y á los pocos días nos confesaba á sus amigos que estaba enamorado por la primera vez en su vida, y que si Emilia correspondía á su cariño se sentía dispuesto á darle su mano.

—Recuerdo perfectamente.

—Pepe, que por entonces traía al retortero media docena de niñas, las más encantadoras de España, se rió de él al principio; pero viendo que hablaba con toda formalidad, se formalizó también, y comenzó á ponderar las delicias de la vida de soltero, concluyendo por decir que ni Emilia ni otra mujer alguna merecía que se perdiesen por ella.

—Yo estaba presente. Florencia se mantuvo firme, y Pepe, incomodado, tomó el sombrero y se fué á la calle. A la tarde los vi en la orilla del Guadalquivir, corriendo como locos en sus magníficos potros árabes; pero silenciosos y meditabundos como si hubiesen tenido alguna grave reyerta.

IX.

EMILIA DE FUEN-SALADA.

—Aquí entra la parte dramática de mi cuento, dijo Juan, y voy á contarla á estilo de novela, porque así la requiere el asunto.

También al oír estas palabras, porque mi discípulo tenía sus pentas de literato. Sin embargo callé, y esperé con resignación el fin de la historia.

—Emilia de Fuen-Salada, con sus diez y ocho años, su belleza meridional y los millones de su padre, era en el tiempo á que me refiero el mejor partido de Andalucía. Una turba de adoradores la seguía á todas partes, y hubiera podido alimentar el fuego de la chimenea de su tocador con los perfumados billetes que á cada instante recibía. Se había hecho de nada el enamorarse de ella, y así fué que ni uno solo de los jóvenes de buen tono que por entonces albergaba en su seno la ciudad del Guadalquivir, dejó de ofrecerle su corazón y su mano. Su vida era una continua ovación; todos la adulaban, todos suspiraban al pasar á su lado.

Si hubiera habido rivales en Sevilla, sin duda la hubieran preferido á la interesantísima duquesa de Z, y á la no menos amable y bella señorita X.

Diez y ocho años, talento, belleza y corazón! Sería preciso tener de título para no enamorarse de ella y de sus dos millones de renta. Como los andaluces suelen ser aficionados á todas estas cosas, pasaban de ciento los que habían los vientos por la niña. Había entre ellos titulos, ricos propietarios, opulentísimos comerciantes, generales, diputados, hasta poetas... porque ¿dónde no hay poetas? Había los delgados y gruesos, altos y bajos, blancos y morenos... Todas las clases de la sociedad, todos los tipos de la raza humana, estaban representados por los amantes de Emilia.

Y sin embargo, Emilia no prefería á ninguno.

—¿Era coqueta?

—Unos decían que sí; otros que no.

—¿Era juacente?

—Unos decían que no; otros que sí.

Bañaba con este, conversaba con aquel, dirigía una sonrisa al de mas allá... ¡Así obran las sirenas atraídas á amorosos lances, y las ternas palomas que no saben lo que es amor.

Es singular, es raro. ¿Qué ha de ser! Cuando el arte llega á su perfección, ¿qué ha hecho mas que copiar fielmente la naturaleza?

Pero fuese de esto lo que quisiera, lo cierto es que la marquesita no daba muestras de preferir á ninguno de sus amantes; y si por acaso los mil ojos que constantemente estaban fijos en ella, advertían alguna deferencia hacia cualquiera de los innumerables, bien pronto quedaban convertidas en humo sus observaciones, porque la niña á los cinco minutos trataba del mismo modo á otro.

Emilia era libre. Ser libre según la moderna teoría es ser feliz. ¿Quién ignora pues en felicidad á la encantadora niña?

Mas si sobre la cumbre del Chimborazo caeva constantemente una gota de agua, al fin llegaría á agujerarse; y una gota llegaría atravesando sucesivamente de roca hasta el nivel de la falda.

La marquesita había tenido cien adoradores sin que su corazón se interesase por ninguno. Sin embargo, como el amor dice que es enfermedad contagiosa, á fuerza de verse rodeada de personas que adole-

cian de aquel mal, sintió al principio un vago deseo, luego una necesidad imperiosa de querer. Llegó el amante número ciento uno, y ya que todos creyeron hierro se volvió cera.

El amante número ciento uno fué Florencia. ¡Feliz mortal!

El niño ciego procedió como si hombre fuese y ojos de línea tuviera, porque los hirió á entrambos al mismo tiempo y con la misma saeta.

Dicen que el amor es ciego. ¿Pues hay cosa que sea mas que el amor? El encuentra perfecciones en la fealdad, gracia en las sandeces... Dizen que es niño... ¡Cómo, si envejece á los pocos días de nacido! Es preciso que, ya que los antiguos pasaron por ello, los modernos lo arreglemos de otra manera.

—Te advierto, querido Juan, que divagues de un modo horrible, y que va á sucederte lo que á aquel que para cantar la guerra de Troya comenzó por la creación del mundo.

—Dices bien: Vuelvo á anudar el hilo de mi historia.

X.

NADA.

Debo advertirte, continuó mi amigo, que Pepe había dado en la manía de enamorarse de todas las queridas de Florencia, ó mas bien, que ellas se dedicaban todas á conquistarlo. Tres seguidas le había ya quitado sin que su amistad y buena armonía se alterasen en lo mas mínimo, pues Florencia no amaba á ninguna y quería á Pepe con todo su corazón; así es que acogía siempre con risa los triunfos de su amigo, contestando impasible á las bromas que todos le daban.

—Empieza á vivir, y es justo que se divierta. Esto no es nada.

Florencia, en verdad, no era tan generoso como á primera vista parece. Su amor á Emilia le hacía despreciar el resto de las mujeres, y no sacrificaba mucho en ceder á Pepe algunas de las flores de su antigua corona.

XI.

DESUNION.

Florencia, obedeciendo á un instinto de que á sí mismo no se había dado cuenta, rehusaba presentar á Pepe en casa del marqués de Fuen-Salada. Cada noche asistía á la brillante reunion que está celebraba; y su pobre amigo, que se había acostumbrado no separarse nunca de él, se iba poniendo triste y cabizbajo. Florencia, entregada á sus amores, nada notaba; y cuando volvía á su casa y hallaba á Pepe sumido en sus meditaciones, esperándolo para darle las buenas noches, nunca se le ocurrió cual pudiera ser la causa de su melancolía. El que quiere por la vez primera no concibe que nadie pueda vivir sin amores; así es que atribuyó la tristeza de su amigo á que estaba enamorado, y su cariño se resentió de que no correspondiese á su confianza diciéndole al menos el nombre de la señora de sus pensamientos.

Así pasaron dos meses, en los que los vínculos de su estrecha amistad comenzaron á relajarse por parte de Florencia, por mas que Pepe hacia cuanto estaba en su mano por anudarlos. Ya no se les veía casi nunca juntos: Emilia robaba todo su tiempo al uno, y en cuanto al otro, pasaba el día encerrado en su cuarto, presa al parecer de grandes pesares, pues seguía me la decía la señora Josefa, mas de una vez sorprendido dos gruesas lágrimas rodando por sus mejillas.

Todo el mundo comenzó á echar de menos la presencia de nuestro gentil D. Juan: ni en los teatros, ni en los paseos, ni en las reuniones, se le encontraba; y Florencia no sabia ya qué contestar á la multitud de personas que por él le preguntaban á cada instante.

—Tiene unos amores misteriosos de que ni á mí mismo me ha dado parte; se le ocurrió responder, en fin, para que le dejasen en paz, y tal vez porque así lo creía.

Muchas hermosas niñas perdieron las rosas de sus mejillas al oír estas palabras, y aun hay quien dice que ayó salir de mas de un tierno pecho algunos tristes y ahogados suspiros.

XII.

Una tarde me encontré á Pepe solo, en las Delicias, melancólico como un poeta que se dispone á cantar la muerte del gilguerrillo de Filis, paseando por una calle de arañjos, y tan distraído con sus pensamientos, que no contestó á mi amistoso saludo.

—¿No quiere Vd. hablar conmigo, caballero? le dije parándome delante de él.

Pepe me miró con sorpresa, y después de un momento de vacilación, me alargó la mano sonriéndose con timidez.

—¿Qué tiene Vd., amigo mio? le pregunté.

—Nada, contestó.

—Está Vd. triste.

—Tal vez. Este melancólico espectáculo que presenta la naturaleza

al morir el día, llena mi alma de una tristeza misteriosa, que yo mismo no acierto á definir.

—¡Vamos! No sea Vd. reservado con sus amigos; confíeme Vd. el secreto de sus amores.

Al oír estas palabras se puso más pálido que la cera, y por un momento temí que se desmayara.

—¡Mis amores! exclamó por fin con voz trémula. ¿Por dónde sabe Vd. que yo amo?

—Hay ciertos síntomas exteriores que no dejan duda alguna acerca de la enfermedad que se padece.

Pepe, un tanto más tranquilo con estas palabras, me preguntó:

—¿Y no tiene Vd. más motivos para creer que estoy enamorado, que esos síntomas que dice Vd. ve?

—Con eso bastará; pero hay más.

—Hable Vd. por Dios, me dijo con una angustia tal, que me sentí conmovido; y en vez de responder á sus preguntas, le dije:

—Serénele Vd., amigo mío.

—No se detenga Vd. ¿Hay algunos motivos además de esos síntomas exteriores para creer que el amor se ha apoderado de mí?

—Hay que Florencio lo dice así á cuantos quieren oírlo.

—¡Florencio! exclamó dolorosamente sorprendido. ¿Conque por fin ha descubierto que amo?

Quedó tan absorto en sus meditaciones, que no me atreví á interrumpirlas, y seguimos paseando más de una hora, uno al lado del otro, sin que ninguno de los dos rompíésemos el silencio.

—¿En qué estado están sus relaciones con Emilia? dijo por fin aparentando indiferencia.

—¿Cómo! ¿No lo sabe Vd.?

—No. El no ha querido llevarme á su casa, ni confiarle nada de estos amores, por lo cual nunca me he atrevido á preguntarle.

—Segun me ha dicho ayer, la ama tanto, y la mira con tal respeto, que á pesar de que tiene casi certidumbre de que no es insensible á su cariño, no se ha atrevido aun á declararse.

—¡Timidez él!

—El verdadero amor ¿cuando no lo es tímido?

—¡Es verdad! contestó con amargura, ¿es verdad!

—Lo dice Vd. con un tono... ¿Tiene Vd. también miedo de declararse?

—También! dijo con acento extraño.

—¿Luego lo que dice Florencio es cierto?

—Sí.

—Y nada le ha confiado Vd.?

—¡Confíar! exclamó estremeciéndose.

Viendo que no estaba más dispuesto á hacer conmigo lo que rehusaba á su compañero de glorias y fortunas, no insistí más, y seguimos nuestro paseo hablando de cosas indiferentes.

—¿Conoce Vd. á Emilia? le pregunté en un momento en que la conversación había espirado por falta de material.

—No.

—¿Y no tiene Vd. curiosidad de ver el rostro de la que tanto quiere nuestro Florencio?

—Creo haber dicho á Vd. que él nunca me ha invitado á que lo acompañe á su casa.

—¿Eso qué importa? Ella asiste á los paseos, á las reuniones y á los teatros: además sueló ir de vez en cuando á la reunión del marqués de Fuen-Salada, y tendré mucho gusto en presentar á Vd.

En los ojos de Pepe brilló al oír mis palabras un rayo de alegría, el único que en toda la tarde había atravesado la nube de tristeza que empañaba su rostro.

—Gracias, amigo mío, exclamó estrechándome la mano con efusión. Tú sabes lo atolondrado que soy; pero también que tengo buen corazón. El tono con que el pobre joven pronunciaba aquellas palabras me conmovió, y apretando su mano, que aun conservaba en la mía, le pregunté con solicitud:

—¿Qué tiene Vd., Pepe?

Retiró su mano roborizado á lo que me pareció, porque creía que yo penetraba el arcano de su tristeza, y se separó de mí, prestando una ócupacion.

—Tal vez mañana iré á buscarlo á Vd., me dijo con aire melancólico al despedirse.

—Cuando Vd. quiera, le contesté.

XIII.

—Advirtió, dije á mi amigo Juan, que cuanto más avanza la historia, más lejos nos hallamos del punto á donde queríamos llegar.

—Ten paciencia. ¿No le interesan las cosas que de nuestros amigos se relatan, ó tal vez las sabes lo mismo que yo?

—Todo lo que me cuentas es enteramente nuevo para mí. Sigue la narración, que ya te escuché.

—Lo que voy á referirte lo he sabido hace pocas horas de boca del mismo Florencio.

—¿Conque está en Sevilla?

—¿No me has prometido oírme en silencio? Dentro de media hora estarás tan al corriente como yo de cuanto sucede.

Conociendo que pretender que Juan dejase su tono de novelista, era intentar un imposible, y desasando por otra parte saber qué era de nuestros amigos, empuñé de nuevo mi veguero, arrellanué en la butaca, y aguardé con paciencia el desenlace de la historia, decidido á no interrumpirle más.

Mi condiscípulo me imitó, y algunos instantes después anudaba de este modo el hilo de su narración:

—Pepe volvió á su casa desesperado, á las ocho de la noche, segun he sabido después, y preguntó á la señora Josefa al entrar:

—¿Ha venido Florencio?

—Hace un rato que salió después de vestirse. Pero ¿está Vd. malo, señorito? exclamó sorprendida viendo la palidez de su rostro.

—No. Gracias.

—¿Se le ofrece á Vd. algo?

—Nada, dijo entrándose en su cuarto.

Cuando la señora Josefa fué á llevarle luz, lo encontró tendido en la cama y negado en un mar de lágrimas; y como su carácter bondadoso le ganaba el cariño de cuantos le servían, la pobre mujer llorando también se acercó á él con maternal solicitud.

Tan absorto estaba en sus pesares, que nada notó. Ni la presencia de la luz ni los pasos de la patrona fueron parte á sacarlo de su abs-tracción.

—¿Está Vd. malo, señor D. José? se atrevió á decir la buena vieja.

Pepe levantó la cabeza, y limpiándose las lágrimas con pretexto de separar de su frente los negros rizos de su larga melena, que cayendo en desórden sobre su rostro le cubrían casi enteramente, contestó:

—No, no tengo nada.

—¿Quiere Vd. que se llame al médico?

—Gracias. Lo que deseo es soledad y descanso. Mande Vd. que me avisen cuando vuelva Florencio.

Nuestra pobre patrona retiróse por no parecer indiscreta; pero al salir de la estancia oyó que Pepe decía con voz ahogada por los sollozos:

—¡Dios mío! Perder en un día el fruto de tantos meses de paciencia y sufrimiento! ¡Dadme la muerte, ó arrancad esta imagen de mi corazón!

—Vamos, son cosas de amores, murmuró la señora Josefa yéndose mas tranquila. Alguna pícara que se ha divertido con él. ¡Pobre niño! ¡pobre niño!

XIV.

Florencio volvió á la una; é informado por la patrona de la situación de su amigo, y de que deseaba verle, entró en su cuarto, cuya puerta estaba entornada, contra la costumbre que de echar el cerrojo por dentro tenía.

Pepe se hallaba en el mismo estado en que la señora Josefa le dejó; solo que, seguro de que nadie le oía, no se cuidaba de reprimir sus sollozos.

—¿Qué tienes, amigo mío? dijo Florencio conmovido, acercándose á él de puntillas.

El pobre muchacho le alargó la mano sin contestar. El sentim-ento embargaba la voz.

—Vamos, serénate. Me han dicho que debes hablarme. ¿Qué tienes? continuó nuestro amigo sentándose á la cabecera de la cama. Pepe permaneció sollozando en silencio.

(Continuará.)

LUIS DE EGLIZAZ.

UN AMIGO INTIMO.

VI.

Sin mas que meterme en cama pasé la noche tal cual, y hubiera pasado el día sin agravarme, quizás;

Pero fué un médico á verme, y como era natural, sin mas que venir el médico vino la fiebre detrás; que el médico cuya ciencia no alcanza nunca á curar

tiene el poder á lo menos
de agravar la enfermedad.
Quiso el indino consulta
con otros tres celebrar
cosa que pudo impedirme
volver á comer mas pan.

Y la razon ¡oh lectores!
es muy fácil de explicar
que si un doctor solo mata
cuatro doctores ¿qué harán?
Por mi parte, lo declaro,
malo me pongo no mas
de pensar algunas veces
que un doctor me ha de curar.

Yo estaba malo en efecto,
pero no estaba tan mal
que no pudiera sin drogas
mi salud recuperar.

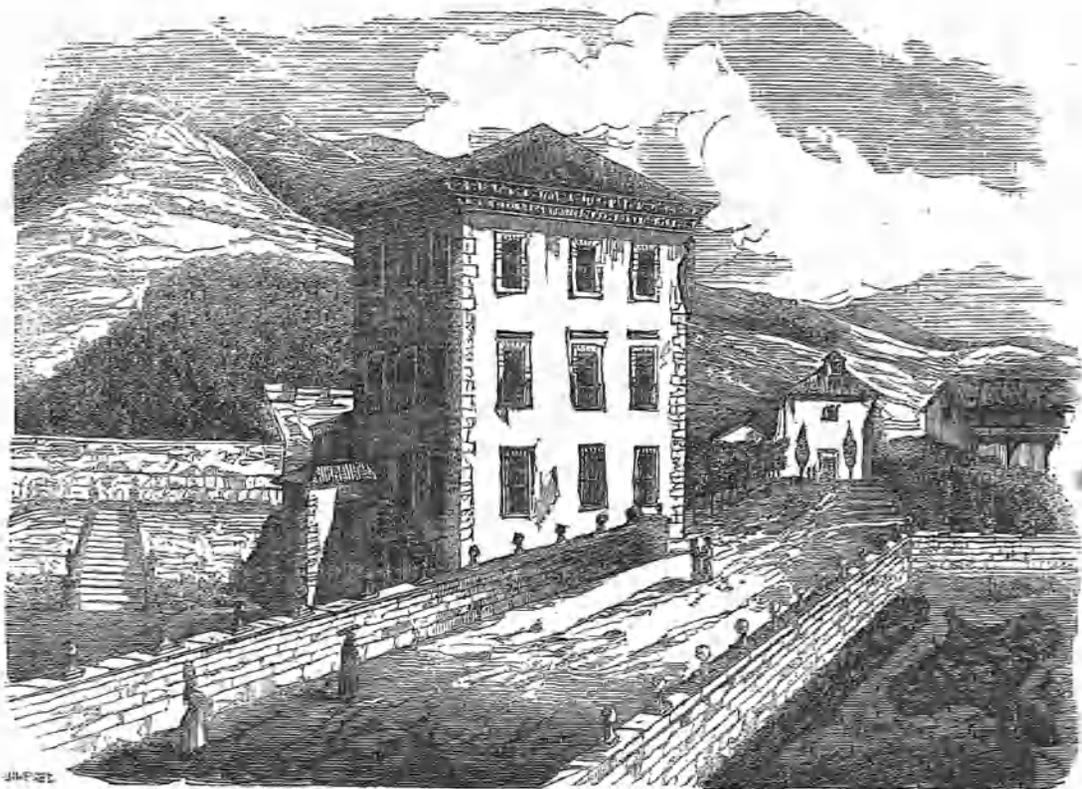
Pero mi suerte funesta;
pero mi suerte fatal,

pero los cuatro doctores,
disparatando á cual mas
viendo de distinto modo,
sin ver nada cada cual,
me trataron como suelen...
es decir, sin caridad.

Uno decia: «El herido,
no hay remedio, se nos va,
sino le ponemos luego
en la gárganta un sedal.»
Otro decia: «Este pulso
bien claro indicando está,
que lo que tiene es tan solo...
calentura catarral.»

Y otro decia: «Está bueno,
pero le debemos dar
algo que de estas visitas
pruebe la necesidad.»

Y como torpes pilotos
perdidos en alta mar:



(Ermita de S. Francisco cerca de Vergara.)

Vergara y

sin brújula comenzaron
su maniobra infernal:
cocimientos por aquí,
sanguijuelas por allá,
sinapismos por delante,
cataplasmas por detrás;
con todo lo cual me puse
tan delgado, á la verdad,
qué ni Don Manuel Delgado
fué mas delgado jamás;

Y dicen que parecia
mi escuálida humanidad,
la sombra del esqueleto
de un físico, cuando mas.

Hallábase, no es extraño,
sin ganas de trabajar,
y atrasado en mis tareas
y en un estado mortal,
y sin plata y por lo tanto
hice á mi editor llamar,

que entró arrogante en mi casa
pidiéndome original.

—¿Original? ¿qué capricho!

—La falta que hace es inmensa.

—Pues métase usted en prensa.

—¿Cómo qué...? Lo dicho dicho.

Cójame el diablo en su red
y zámpe me en el profundo
si hay una cosa en el mundo
mas original que usted.—

Dijele muchas razones
incapaces de ablandar
el corazon herroqueño
de aquel pecho montaraz.

Por lo cual en mi despacho
entré con celeridad,
y aun, cosa muy rara en mí,
con ganas de trabajar.

(Continuará.)

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.